

Alineamientos políticos y normalización partidaria en tiempos de proscripción. El peronismo entre 1963 y 1965.

Julio César Melon Pirro.

Cita:

Julio César Melon Pirro (2011). *Alineamientos políticos y normalización partidaria en tiempos de proscripción. El peronismo entre 1963 y 1965. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/231>

Título9- **Título:** Alineamientos políticos y normalización partidaria en tiempos de proscripción. El peronismo entre 1963 y 1965.

Autor: Julio César Melon Pirro.

Pertenencia institucional: UNMDP, Cehis, y UNICEN, IEHS

Email: jcmelon@mdp.edu.ar

Autor: Julio César Melon Pirro Email: jcmelon@mdp.edu.ar jcmelon@gmail.com

Introduccion

Los trabajos sobre el Partido Peronista y sobre sus dirigencias han relativizado la operatividad del lazo directo entre el líder y las masas, a la vez que aportado evidencias empíricas que arrojan luz sobre los problemas organizativos a los que el partido político se enfrentó en procesos de marcada conflictividad interna. Sobre el período siguiente a la caída del peronismo el *a priori* de que en vista de su clandestinidad o semiclandestinidad, el peronismo en tanto movimiento de masas habría “preferido” o se habría visto “obligado” a decidir por otros modos de organización en el marco de un sistema autoritario o de “democracia restringida” no parece desprovisto de sentido. No obstante, la sonda de los historiadores tiende a confirmar, tanto en los trabajos referidos al peronismo clásico, como los más recientes y menos numerosos referidos a épocas posteriores, que hay vida en el peronismo-partido. Ahora bien, ¿como cabe pensar históricamente respecto de esta “vida” de la que empezamos a digitalizar fotografías remotas, fragmentarias?. ¿puede hacerse algún tipo de comparación entre los distintos tipos de organización partidaria del peronismo? ¿el camino mas fecundo es, por el contrario, explorar hasta que punto las instituciones –plasmadas o pergeñadas- expresaron la continuidad de un “hacer” peronista expresado partidariamente pero distinguible del de otras fuerzas políticas?. ¿contribuyó esto a generar una “tradición” peronista en la que el “movimiento” se expresó a veces “por dentro” pero legitimó las concurrencias –forzadas o no- “por afuera” del marco partidario?

El presente trabajo se propone explorar la evolución de los alineamientos internos y analizar las formas de organización políticas intervinientes en el proceso de normalización partidaria que se

acelera luego de la fallida participación del peronismo en el Frente Nacional y Popular de 1963 y la elección de legisladores de 1965, mediadas, condicionadas e incentivadas por el proceso de reorganización partidaria del peronismo y de institucionalización del Partido Justicialista

La situación posterior a 1955

El sistema político excluyente inaugurado en 1955 se basó en la proscripción del partido y de las instituciones del peronismo, consideradas prerrequisitos para la reeducación cívica del pueblo. La clave de origen y a la vez la mejor expresión de dicha política se encuentra en la declaración de los "objetivos básicos" de la Revolución libertadora que se propusieron suprimir todo "vestigio de totalitarismo" y en la sanción de una legislación que fue mucho más allá de la inhabilitación de quienes habían participado en el "régimen depuesto".¹

En los años sucesivos dicha legislación se prolongaría en una serie de disposiciones que, con rigidez variable, inhibieron la organización autónoma de los peronistas.

Constreñidas por un doble bloqueo –el de las fuerzas armadas pero también el del propio Perón- las tendencias participacionistas se expresaron al comienzo en distintas variantes de lo que hemos dado en llamar "neoperonismo temprano", instancias partidarias que, generalmente con alcance local, intentaron superar el cedazo proscriptivo en oportunidad de las elecciones de 1957, 1958 y 1960². En 1962 el gobierno de Frondizi aminoró las restricciones al punto de que la Unión Popular –un partido creado por Bramuglia apenas caído el peronismo- se constituyó en la principal expresión electoral del movimiento. Avalado entonces por Perón, con el acompañamiento de las organizaciones sindicales y de referentes locales, el peronismo se impuso en varias provincias, entre ellas la decisiva Buenos Aires, lo que derivó en la anulación de los comicios por parte de un

¹. El decreto 3855/55 dispuso la disolución del Partido Peronista en sus dos ramas "en virtud de su desempeño y su vocación liberticida"¹. El célebre y extraordinario decreto 4161, por su parte, prohibió la utilización de toda referencia que pudiera confundirse con los símbolos peronistas. D-L 4161 del 5 de marzo de 1956, *Anales de Legislación Argentina*, XVI-A, Decretos, La Ley, Buenos Aires, 1956, pp. 241-242 (publicado en el *Boletín Oficial*, 9/III/56).

² Melon Pirro, Julio César: *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

gobierno que, de todos modos, no logró sostenerse en el poder. La administración Guido ratificó la prohibición de actividades peronistas y fue prolífica en la sucesión de modelos de Estatuto de Partidos Políticos, pensados todos en relación al problema peronista pero incapaces en definitiva siempre de superar aquella regla con que Guillermo O'Donnell definiera los límites del juego político entre 1955 y 1966, "los peronistas no pueden ganar elecciones importantes"³. Con todo, las idas y venidas al respecto inquietaron a los peronistas de todo el país, motivados por las expectativas de participación política y la necesidad de tomar posición ante la eventualidad de una apertura que condujera a la reorganización partidaria. Creemos que estos movimientos, y los que sobrevendrían, merecen ser considerados independientemente de su consumación institucional y las formas proyectadas y litigadas al interior del peronismo pensadas, pese a las circunstancias, como propias de "un poder político en situación de espera"⁴.

A pesar de la proscripción Perón se había preocupado por cubrir la carencia de una organización partidaria clandestina creando organismos *ad hoc* y legitimando funciones coyunturales de los dirigentes a cuyo frente designaba. Desde octubre de 1958 el "Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo" (CCS) aspiraba a contener las distintas expresiones que respondían a su influencia y, eventualmente, regir sobre la forma en que debería darse la organización del partido, cuando y si cupiera. El movimiento sucedía a otros en los que se había reconocido el peso ponderado del sindicalismo. El CCS, por el contrario, concedió nuevos espacios a la expectante dirigencia política del movimiento junto a hombres de la resistencia y a las mujeres. Se pretendía que los órganos de conducción local operaran como una suerte de instancia deliberativa dotada de sus propios contrapesos internos y supeditada, siempre, al arbitraje del Jefe⁵. Según comunicó Perón a Cooke,

³ O'Donnell, Guillermo: "Un juego imposible: competición y coaliciones entre partidos políticos de Argentina, 1955-1966", en *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972. (publicado originalmente en *Revista Latinoamericana de sociología*, VII, 1970.

⁴ Melon Pirro, Julio César: Un partido en situación de espera. Los alineamientos políticos del peronismo en el segundo momento de la proscripción, 1963-1964. *X Jornadas de Historia Política. El peronismo y sus partidos. Tradiciones y prácticas políticas entre 1946 y 1976*. Facultad de Humanidades UNMdP, Mar del Plata 25 de junio 2010.

⁵ Así como la representación de los políticos en el Consejo debía ser moderada –y hasta cierto punto legitimada- por la de los miembros de la resistencia, la simultánea presencia de las 62 y la CGTA en la

la función del organismo era solo la de “colaborar” en la dirección táctica, pero debía dedicarse exclusivamente a organizar las fuerzas políticas dejando la de las sindicales a las 62 y la CGT, “coordinadas por intermedio de la Delegación, sin ninguna intervención del CC”⁶. Por supuesto que la superposición de actuaciones estuvo a la orden del día y que las funciones no se agotaron en controlar o limitar a Cooke, que en los hechos fue desplazado. Además, el hecho de que dicho organismo de conducción estuviera pensado para contener el desarrollo de un perfil político partidario en el peronismo estuvo sujeto lo hizo pasible de cuestionamientos que, cuando sobrevenían fracasos, no tardaban en explicitarse. Así ocurrió con posterioridad a las elecciones de julio de 1963, cuando el Frente Nacional apoyado por el CCS fue proscripto y el voto en blanco apenas superó el 17 %. De resultas se activaron las tendencias a la disgregación neoperonista. Presto a contenerlas, el propio Perón ordenó reorganizar el justicialismo y los movimientos -tanto de quienes prometían contar con su bendición como de los que se apresuraron a ganar terreno sobre la mínima burocracia del CCS se sucedieron rápidamente.

A poco de producida aquella elección en la que fue proscripta la fórmula Solano Lima-Silvestre Begnis y con ella retirados todos los candidatos del Frente Nacional auspiciado por el máximo organismo reconocido por Perón, el que fuera candidato a vice gobernador triunfante en 1962, Marcos Anglada, comenzó a invocar la necesidad de reorganizar el justicialismo en la Provincia de Buenos Aires, el principal distrito electoral del país, lo que implicaba un tácito desconocimiento a la autoridad del CCS. Por su parte, el 19 de julio el Consejo Superior Peronista (CSP, Perón) informó que se había dispuesto la reorganización del Partido Justicialista para lo cual comenzaría un proceso de afiliación, generando una importante expectativa. Un mes después designó una comisión interventora constituida por Andres Framini, Ilda Pineda de Molina, Julio Antún y Rubén

anterior Delegación Nacional había tendido, por una parte, a conformar las expectativas de ambos sectores pero también a lograr una suerte de equilibrio dentro del gremialismo peronista, amén de señalar el ocaso del poder de John William Cooke. La composición original del CCS, el órgano máximo del movimiento y el que formalmente tomaba todas las decisiones políticas relevantes, fue la siguiente:

Carlos Aloé, Oscar E. Albrieu, Alberto L. Rocamora, Rodolfo J. Arce, José C. Barro, Pedro San Martín, Fernando R. Torres, Manuel Damiano, Julio Troxler, Juan C. Brid, José Parla, Adolfo C. Philippeaux, Delia D. de Parodi, Ceferina Rodríguez de Copa y María Elena Solari de Bruni.

⁶ Perón a Cooke, 30/9/58, en *Correspondencia Perón-Cooke*, Ed. Parlamento, p. 105.

Sosa⁷. Según explicaría en una comunicación a los dirigentes, esta comisión tendría la función de dar a la masa peronista algo que “siempre he auspiciado, pero que no ha sido posible concretar hasta ahora debido a las condiciones en las que se luchaba”. Dicha organización, insistiría en setiembre esta vez ante las 62 Organizaciones, debía ser “de abajo hacia arriba... dando ocasión a que todos los peronistas puedan tener su actuación...”⁸. Aquella Comisión Interventora Nacional pronto conocida como el “Cuadrurviroto”, encabezada por el leal Framini, sindicalista de proyección nacional y gobernador electo de la misma provincia en 1962, tendría la tarea de institucionalizar el partido, un trámite que sabía tortuoso, confuso e incierto en sus resultados. Andado agosto la prensa especulaba sobre las “inquietudes” que recorrían el informe justicialismo, sobre una inminente conferencia de prensa en la que Framini oficializaría la designación y funciones de los cuadrurviroto y sobre una próxima reunión de diputados de peronismos provinciales. Las “inquietudes” se espejaban en ambigüedades públicas que expresaba Anglada, quien había desconocido al cuadrurviroto desde antes de su presentación pública aunque se declaraba dispuesto a colaborar en determinadas condiciones, y que alcanzaban a Perón, quien confiaba la misión a un nuevo cuerpo sin disolver al CCS.

Contrariamente a lo que se anunciara, se presumía que el cuadrurviroto preferiría la designación “desde arriba” de los funcionarios del Partido (algo que estaba implícito en la designación de un “normalizador” por sección). Anglada anticipaba un punto de disidencia propugnando que los delegados se eligieran por voto directo. En este contexto, aun operadores menos centrales del escenario político bonaerense, como las unidades básicas de Villa Dominico y Alte. Brown, por el contrario, se apresuraban a desconocer a la Línea de Anglada del mismo modo en que este pensaba hacer con los cuadrurviroto⁹.

El panorama, confuso a la hora de reconstruirlo históricamente, probablemente lo haya sido aun más para sus actores. El sector que lideraba el neurocirujano Raúl Matera buscaba perfilarse como la opción moderada por excelencia, luego de haber jugado la baza en 1963 de ser candidato del partido Demócrata Cristiano y de haber quedado muy descolocado ante muchos sectores del movimiento, del cual había sido expulsado. De modo más significativo, el eco de la línea originada

⁷ *El Mundo*, 19/7/63.

⁸ Perón, Juan Domingo, 9/9/1963, *Obras Completas*, tomo XXII, p. 239.

⁹ *La Razón*, 22/8/63 (en adelante, *LR*).

en un encuentro de dirigentes en la ciudad de Las Flores fue determinante en la autoconvocatoria de peronistas bonaerenses que se propusieron nada menos que organizar el justicialismo en la Provincia de Buenos Aires por cuenta propia. Los dirigentes que se reunieron en Las Flores propusieron admitir representatividades en base al criterio de reconocer la participación de tantos delegados por distrito como la mitad de concejales que hubieran obtenido en las últimas elecciones. En consonancia con esto, una nutrida asamblea provincial se reunió en la ciudad de Luján el 31 de agosto de 1963, y derivó en la conformación de una Comisión Provincial Provisoria para la Organización del Justicialismo a cuyo frente fue designado, precisamente, Anglada¹⁰. Al nacimiento de lo que se conocería como la “línea Las Flores-Lujan” el cuadrunvirato respondió anunciando una semana después que las elecciones internas se realizarían el 1 de diciembre de 1963, y que de las mismas se excluiría solo a Raúl Matera. De acuerdo a estos planes tanto el CCS en su composición como el cuadrunvirato en su función caducarían el 31 de diciembre, cuando comenzarían sus tareas las autoridades que surgieran de los comicios internos, que pasarían a estar representadas en el organismo máximo de conducción partidaria, el CCS, en forma proporcional de acuerdo a sus orígenes políticos o gremiales¹¹.

Esta oferta, como las que siguieron, parecían concebidas con el propósito de concitar o retener la atención de múltiples actores: con la enunciación de la idea de circunscribir las exclusiones al último exonerado se esperaba contar con los disidentes de Las Flores-Luján y de otras provincias, y al performar el reparto equitativo de cargos en el partido se intentaba mediar entre “gremialistas” y “políticos”, una de las líneas de fractura más visibles en el movimiento. Cabía sospechar, no obstante, al menos, si juzgamos el trámite y las características de los anuncios, de su consistencia operativa. Según trascendió, en la madrugada del 20 de septiembre la primera reunión formal de la comisión interventora o cuadrunvirato realizada “en algún lugar céntrico de esta capital” no arribó a conclusión alguna respecto de si la afiliación se realizaría en lugares públicos habilitados al efecto o por medio de los sindicatos, es decir en organizaciones gremiales, empresas, fábricas, etc. ya que –vale recordarlo- aún regía la legislación que prohibía las actividades¹². La solución fue una fuga hacia adelante, y al día siguiente los titulares de un popular periódico anunciaban que habría

¹⁰ *Careo*, 31/8/63. “Explosión justicialista en Lujan”.

¹¹ *Crónica*, 9/9/63

¹² *El Mundo*, 21/9/63

“un Partido nuevo en 90 días”¹³. Framini, Secretario General del Cuadrivirato, lo presentó como una “decisión de las bases”, junto a la extravagante novedad de que cada afiliado pagaría 20 pesos mensuales. La oferta aparecía algo más atractiva en tanto insistía tácitamente en que se tendería una mano amiga a los réprobos so pretexto de encuadrarse en dicha organización que se denominaría, por fin, *Partido Justicialista* (PJ), absorbería “a los núcleos de cada provincia” y terminaría por ser, a partir de enero de 1964, “la única canalización política del movimiento”. Ilda Pineda de Molina sería Secretaria de finanzas, Julio Antún de Difusión y Prensa y Rubén Sosa Secretario de Organización e Interior. Impresionaba la celeridad de los plazos concebidos como el anticipo de “un plan orgánico que el peronismo no había tenido desde 1955” y que contrastaría no solo con el propio pasado peronista sino con el contexto de referencia de las demás fuerzas políticas. El PJ sería, así, “una agrupación modelo, de masas, distinta a todas las demás, y con gravitación en las bases”¹⁴. Las previsiones no se demorarían demasiado por el hecho de no disponer aún de un local para el “comando”, ni por los trascendidos sobre divergencias entre los cuadriviratos, ya que tanto desde éstos como desde la capital española insistían en la convocatoria a “las bases” y a “la juventud”. Se preveía, y se prometía, que la afiliación masiva comenzaría en todo el país a partir del 15 de octubre, fecha en la que todas las juntas provisorias locales y provinciales estarían integradas, de modo que el trámite democrático culminara, en diciembre de 1963, con la reunión de una Convención Nacional. El Cuadrivirato cosechó adhesiones, aunque cada lugar operó de acuerdo a su lógica. El 24 de septiembre de 1963 el que ya se llamaba “Partido Justicialista” de Avellaneda anunció que designaría sus autoridades “en asamblea” mientras el Cuadrivirato al que adhería seguía siendo pródigo en gestos y anunciaba otra conferencia de prensa¹⁵. Había otros problemas en la Comisión. Rubén Sosa, cuestionado miembro identificado con la línea radicalizada de izquierda, estaba nuevamente en Madrid, y el 26 de septiembre de 1963 se hizo público que los cuatro designados no habían podido superar las divergencias respecto de la forma en que debía llevarse a cabo la reorganización. La postergación de una nueva conferencia disparó pronunciamientos en los que participaron hasta los muy mal

¹³ *Crónica*, 21/9/63

¹⁴ *Id.*

¹⁵ *Clarín*, 24/9/63

posicionados seguidores de Raúl Matera¹⁶. Las invocaciones a la “Lealtad” eran la moneda corriente entre los peronistas, tanto entre quienes hacían de ella su chance de intervenir en la lucha por el poder como entre quienes mayor independencia aspiraban a lograr en el proceso de reorganización que -por dentro o por fuera del peronismo “oficial” como se presuponía-, terminaría por contar con la bendición, anuencia o en última instancia con la postrer indulgencia del propio Perón¹⁷.

La conmemoración del 17 de octubre de 1963 tuvo lugar, pues, en esta atmósfera cuando en Plaza Once el peronismo reunió a miles de personas y los oradores Gazzera, Framini, Parodi y Sosa fueron sucedidos por el altisonante discurso del líder que anatematizó a los militares, al gobierno surgido de las elecciones tramposas y a los dirigentes que, como Matera, habían incurrido en manifiesta “inconducta partidaria”¹⁸

El 25 de octubre de 1963 se produjo otro de los cada vez más espectaculares y precisos anuncios del organismo ortodoxo cuando Julio Antún prometió la “vuelta a la unidad básica”, basada en la composición de agrupamientos locales que contarían con un mínimo de 25 afiliados y un máximo de 49, organizados según base distrital¹⁹. La idea era, por una parte, regenerar un tipo de organización política territorial que limitara el peso del sindicalismo, y la afirmación de un peronismo “policlasista” llegaba a ser legitimada discursivamente mediante la necesidad de proveer a las masas de un instrumento “revolucionario”. La presencia de dirigentes radicalizados

¹⁶ La “Agrupación Juan José Valle”, de la tercera sección y el “Centro Justicialista” de la novena sección metropolitana aprovecharon para adherir al “Movimiento de reafirmación doctrinaria” que respondía al ex secretario general del CCS Raúl Matera, mientras que el grupo “Promoción de bases” desmintió estar inspirado por Vandor explicando sencillamente que “ni el compañero Vandor ni Framini son componentes del grupo” *La Razón*, 26/9/63

¹⁷ El caso más significativo y reciente había sido la “reconciliación” de Perón con Bramuglia, quien facilitó la concurrencia del peronismo a elecciones mediante el Partido Unión Popular, en 1962, luego de organizar ese partido desde 1957 contra la voluntad de aquél.

¹⁸ *Clarín*, 18/10/63.

¹⁹ *Crónica*, 25/10/63

en los distintos órganos de conducción o normalización designados por Perón tenía obviamente ese propósito limitante y repercutiría en las formas de reorganización del peronismo²⁰.

Entonces empezó a definirse una tensión que, solapada con la que recorría ortodoxia y neoperonismo, se expresaba en el ascendente vandorismo y que, desde una perspectiva remota pero no extraña, remitía al momento primero del peronismo, aquél en el que el “laborismo” había articulado difícilmente con fuerzas de otro origen. No finalizaron los viajes a Madrid –sobre todo de Vandor, quien presionó a Perón hasta lograr la remoción de Sosa- y pronto la comisión devino en un “heptunvirato” integrado por Andrés Framini, Juana Matti, Miguel Gazzera, Delia Parodi, Jorge Alvarez, Julio Antún y Carlos Gallo. En dicho organismo la jefatura de Alberto Iturbe debía encargarse políticamente de conciliar a las partes y formalmente de controlar, en definitiva, el proceso de normalización justicialista²¹.

Entre enero y julio de 1964 –cuando, anticipémoslo, por fin se llevaron a cabo elecciones internas en muchos de los distritos del país- puede registrarse la crónica de un triunfo que no por anunciado fue inequívoco en sus conclusiones respecto de la evidente supremacía de los candidatos vandoristas, ni mucho menos aún, carente de cuestionamientos. Por el contrario, cada medida del delegado del Consejo Superior, ingeniero Alberto Iturbe, cada denuncia de quienes no

²⁰ Marcelo Raimundo ha analizado este momento desde la perspectiva del surgimiento del “peronismo revolucionario”. La táctica pasará por reorganizar el partido justicialista, buscando un triple efecto: restablecer el vínculo con la masa, subsumir dentro de el nuevo partido a las expresiones neoperonistas que se acercaron a Perón por motivo de las anteriores elecciones y fortalecer la expresión política del movimiento por sobre su expresión sindical. El órgano oficial editado por la Comisión Interventora Nacional del Justicialismo cuestionó a los sindicatos como forma organizativa primordial en beneficio de la conveniencia de adoptar “una estructura más ágil, dinámica y revolucionaria”. Aunque los trabajadores eran reconocidos como la “columna vertebral”, la organización del peronismo debía “tender a nuclear a todos los compañeros que quieren practicar la acción revolucionaria, haciendo desaparecer toda distinción entre las diversas clases sociales”. “Partidos de opinión y partidos de masas. Fundamentos teóricos de la reestructuración del movimiento.” *Nueva Estructura*, nro 1, Octubre de 1963, citado por Marcelo Raimundo, “En torno a los orígenes del peronismo revolucionario. El Movimiento Revolucionario Peronista. (1964-1966)”, <http://www.scribd.com/doc/8610964/Marcelo-Raimundo-El-Movimiento-Revolucionario-Peronista-19641966>.

²¹ A poco de andar, se especulaba con la dificultad que el ingeniero Iturbe tendría para controlar tanto a los moderados neoperonistas deseosos de una integración sin Perón, como a los menos moderados peronistas. Según uno de los diarios mas importantes del país, la declinante figura de Perón no podría evitar la presión de los primeros para proceder a una reorganización del justicialismo “de abajo hacia arriba”. *La Nación*, 24/11/63.

se resignaban a ir “por adentro”, cada redefinición de Perón, y cada pronunciamiento del ascendente Vandor y de sus rivales reveló cuan ardua era la lucha interna en un peronismo que prometía a sus seguidores constituirse en Partido Político y que esperaba que la hostilidad y ambigüedad de enemigos y adversarios se resolviera, luego, a favor del levantamiento de las inhibiciones a la participación electoral. Lo que sigue es una apretada referencia a algunos acontecimientos que jalonaron la vida interna del peronismo entre comienzos de 1964 y los comicios internos de julio, y apenas asoma a la manera en que el partido y los “partidos” del peronismo perfilaron su participación en las elecciones de 1965 a la luz de conflictos nunca resueltos puertas adentro.

Iturbe soportó el encono del CCS y particularmente de su secretaria Delia Parodi, quien protestó porque el Delegado nombró interventores provinciales que habían sido sancionados por el CCS y por haber tolerado contactos de Vandor con el defenestrado Matera, amén de prohijar un proyecto de carta orgánica para el funcionamiento del futuro congreso justicialista que preveía una importante proporción de delegados provenientes de las provincias “chicas”, es decir, de poco peso electoral, todo lo cual solía traducirse en obligadas y públicas referencias a la “lealtad” al “Consejo Superior” (Perón)²².

. Las desavenencias no existían solo entre quienes sospechados de distintos grados de “deslealtad” pugnaban por hegemonizar, mantenerse o reingresar en las filas del peronismo “oficial” y eran celados por los ortodoxos del CCS. En el peronismo “no oficial”, en la provincia de Buenos Aires expresado sobre todo por la Línea Las Flores-Luján, existía un celo representativo que se expresaba no solo respecto del heptunvirato sino de otros réprobos del movimiento. Los dirigentes locales de esa línea en San Isidro manifestaron su disconformidad por haber organizado los seguidores de Matera un acto en su jurisdicción y haber tramitado la concurrencia del mismo Anglada, de quien informaron no asistiría por haberse anunciado ya un acto en el mismo día y hora en la ciudad de Balcarce desde donde convocaría a un congreso nacional para fijar una posición programática común de modo de que “conjugue definitivamente los deseos de la autodeterminación federalista de la masa justicialista”. En este caos de interpelaciones cruzadas, todos convocaban, y el peronismo oficial no podía hacer menos: en la misma fecha se informó que la agrupación de las bases populares del Justicialismo de la Capital Federal acababa de solicitar al

²² Melon Pirro, Julio César: *Un partido en situación de espera... cit.*

jefe de policía la autorización para un acto que se realizaría en Corrientes y Medrano a efectos de “dejar iniciada la campaña inscriptora del Justicialismo en esta capital”²³. Todos actuaban, también, y sobre todo si debían actuar. Para la misma época el dirigente del heptunvirato, Julio Antún, anunció que había logrado el avenimiento en la Provincia de Chaco del sector de Deolindo Bittel con el orientado por el ex gobernador de la misma provincia, Gallardo, y lo había hecho con independencia del mismo Iturbe, que no obstante se disponía a viajar para “santificar” la unidad conseguida²⁴.

Al día siguiente se anunciaba el regreso de Hector Villalón, muy poco tiempo atrás cuestionado por izquierdista y ahora aparentemente reivindicado por Madrid, quien aparecía como un eventual inquisidor de Iturbe, demasiado sensible a la influencia de Vandor²⁵. En apariencia, Villalón se proponía “acompañar” a Iturbe para limitar a Vandor, usando una táctica menos frontal que la que había empleado Rubén Sosa -su vocero en el anterior instrumento reorganizador, el cuadrunvirato- y que terminara con su desplazamiento por parte de los vandoristas (desplazamiento que en su momento también había sido legitimado por el propio Perón tras entrevista con el líder metalúrgico). En realidad, Vandor habría inducido a Iturbe (víctima de los embates de los núcleos antioficialistas pero también de su enfrentamiento con Delia Parodi) a realizar algunas modificaciones en los lineamientos de la reorganización: la nueva carta orgánica, según trascendía, acrecentaría la influencia de la rama sindical, encarnada en las 62, lo que estaba por ser comunicado internamente mediante circulares²⁶. Si sumamos a esto el debilitamiento de Andrés Framini en las propias 62, resulta evidente que existe en esta época, por la doble vía de su

²³ LR, 14/1/64.

²⁴ LR, 18/1/64

²⁵ LR, 19/1/64. “Cuando el General designa a H. Villalón como delegado le recomienda a éste que se comunique con Campos en Montevideo, para encarar la cruzada antivandorista , cosa que "el pájaro" hace”. Comunicación de Carlos Campos al autor, 19/10/2010. Hector Villalón, apodado “el pájaro”, es un controvertido participante de la historia del peronismo. A la sazón oficiaba como comerciante en Europa del tabaco cubano, tema relacionado con el financiamiento de las actividades del ex presidente Perón en el exilio. Acusado de participar del secuestro de un empresario en Francia en los años setenta, actualmente es un influyente empresario que reside en Brasil.

²⁶ Hasta ahora no disponemos de los textos correspondientes a las cartas orgánicas proyectadas y aprobadas en esta época. Tanto en esta como en otras observaciones sobre el particular, nos basamos en información periodística.

consolidada posición en el seno del movimiento obrero y por la de su peso creciente en la reorganización del partido, un significativo avance en la hegemonía de Vandor sobre el Justicialismo en vías de normalización, lo cual hacía que muchos dirigentes miraran en esa dirección y, por otra parte, aumentaba los recelos –más bien resignados- de Madrid. Como el más importante vespertino consideró en la época, haciéndose eco de una fuente peronista que no identificaba, *“la sobria habilidad de Vandor ha trastocado los fines de una reorganización destinada a eliminar preponderancias sindicales y locales”*²⁷, y ésta, y no otra, constituía la lógica desnuda que subyacía tras la sorda lucha interna del peronismo.

A fines de enero, pues, Matera seguía anunciando mensajes y procurando el dialogo con hombres de otros partidos políticos y Anglada su gira por la provincia de Buenos Aires organizando y afiliando para su lineamiento. En Mercedes, por ejemplo, se anunció que los recientemente afiliados se aproximaban a los 2000 y en toda la quinta sección los proclamaban, en sus actos públicos, la proximidad de las elecciones internas reafirmando “los principios de la línea Las Flores-Lujan” al mismo tiempo que “la adhesión al general Perón”. Los comunicados del CSP apelaban a difundir cartas de Perón a su delegado Iturbe en las que se desmentían comunicaciones del líder a Anglada, quien debía participar “por adentro” del proceso conducido por el CCS y el heptunvitato²⁸.

Para comienzos de julio, cuando ya estaba muy próxima la fecha de comicios internos, era claro que el problema para la Comisión Interventora encargada de reorganizar el justicialismo no se circunscribía a la principal disidencia bonaerense, sino que abarcaba un conjunto de expresiones partidarias de origen peronista que amenazaban plantear su propia organización. El 2 de julio por la noche hubo una reunión en el centro porteño que pretendió sentar las bases para la concreción de una verdadera “Confederación Nacional de Partidos Justicialistas” de la que participaron los senadores Sapag y Ríspoli Román, los diputados Serú García y Tachella, y los dirigentes Anglada, Julio Romero, Bianculli y Carballeda, quienes planearon una próxima reunión constitutiva –y

²⁷ LR, 30/1/64

²⁸ “la reorganización del PJ en la provincia de Buenos Aires como en el resto del país, debe hacerse como está dispuesto en las instrucciones...y de acuerdo a lo que disponga la Comisión Interventora designada” LR, 30/1/64

ampliada- en la ciudad de Mar del Plata²⁹. Por lo demás, estaba claro que esta escisión implicaba una fractura que no solo implicaba distintos formatos y legalidades de normalización partidaria, sino que repercutía en el ámbito parlamentario forzando a la alineación de los diputados y senadores de los movimientos provinciales de extracción peronista. Emergía, pues, una nueva referencia de territorialidad en el agitado mar justicialista, encarnada en los dirigentes –por definición moderados- que en el pasado inmediato habían superado el cedazo proscriptivo. De todos modos, ya despuntaba claramente cuanto se había fortalecido políticamente la proyectada normalización “oficial” en detrimento de los distintos núcleos “antioficiales” (muchos de estos últimos partícipes y representantes parlamentarios de las experiencias “neoperonistas”). A instancias de los legisladores que **ya** respondían al heptunvirato, el bloque de los senadores de los movimientos provinciales reemplazó a su anterior mesa directiva que presidía el Dr. Elías Sapag, uno de los inspiradores de la futura conferencia antioficialista, y el titular del bloque de diputados justicialistas, Dr. Luco, dirigió una nota “al delegado personal del CSP, Ingeniero Iturbe, informándole de la designación del diputado Godoy como titular y del diputado Lozano como suplente para integrar el organismo de coordinación³⁰. Estas medidas significaban un duro golpe para el sector antioficial, ya que al enviar sus propios representantes al organismo de coordinación que sería presidido por el propio Iturbe implicaban, de hecho, la adhesión del bloque de diputados a la política del heptunvirato, adhesión que había sido postergada largo tiempo para evitar la ruptura en el ámbito parlamentario y a la espera de que decantase la lucha por la reorganización en una perspectiva de poder. La cercanía de Vandor con Iturbe, y la de varios de los peronismos provinciales con éste, presagiaba una combinación nueva por su potencial solidez desde la diáspora post 55.

Las elecciones internas en el justicialismo se realizarían en varios distritos durante julio de 1964, y a fines de dicho mes se lograría inclusive la reunión de los congresos partidarios en la Capital Federal y en la Provincia de Buenos Aires. Estas elecciones, como estas reuniones, constituyen un ejemplo significativo de las tendencias del peronismo a organizarse en partido luego de 1955 y serán estudiadas en un próximo trabajo. Anticipemos aquí que la “normalización” del PJ fue ganada por el vandorismo en Provincia tanto como en Capital, y que en ambos lugares el precio de

²⁹ LR, 3/7/64

³⁰ LR, 3/7/64

la victoria fue el retiro de los fraministas que en adelante protestarían “desde afuera” la legitimidad de las nuevas autoridades partidarias.

La escisión de las “Agrupaciones Revolucionarias Peronistas” inspirada por los delegados fraministas y la formación, acaudillada por Villalón, del Movimiento Revolucionario Peronista implicaron un cuestionamiento tan fuerte a la novel institución partidaria peronista que obligaron al CSP a firmar el 20 de agosto de 1964 una resolución que tomó estado público 5 días después, por medio de la cual Perón consideraba que “efectuadas las correspondientes elecciones tanto en el Partido Justicialista como en las 62 Organizaciones corresponde aprobar y reconocer como únicas autoridades a las surgidas de dicho proceso”. Luego de alertar contra maniobras divisionistas y confusionistas, en orden a mantener la unidad del movimiento, en nombre del CSP ratificó públicamente “1.-como único organismo político al Partido Justicialista surgido de la reciente reorganización que tiene como autoridades para todo el país a la Junta Ejecutiva Nacional y su Secretariado y al Congreso Nacional y en las provincias a los análogos organismos de orden local vinculados a los nacionales; y como único organismo gremial peronista a la Mesa Coordinadora con su Mesa Ejecutiva y al Plenario Nacional de las “62 Organizaciones”. A la vez, recordó “2.-Que las únicas directivas válidas para los organismos de conducción táctica mencionados son las del CSP, cuya autenticidad será establecida por ser comunicadas por la Delegación del CSP en el país, que ejerce el Ing. Alberto J. Iturbe” (es decir, él mismo en tanto encarnación del CSP)³¹.

Recapitulando, y en atención a nuestros propósitos, al cabo de un agitado proceso, las elecciones internas llevadas a cabo en los distritos más importantes en julio de 1964 dieron el control del PJ a los vanderistas. Con la progresiva resignación o conquista de las “ramas” política y femenina y desde fines de ese año con las dudas sembradas a raíz del fracaso del “Operativo retorno”, Vandor, mucho antes de confrontar abiertamente con Perón –algo que, como sabemos, ocurrió en las elecciones de Mendoza, en 1965- estuvo a punto de dominar un partido lo suficientemente

³¹ Juan Perón, CSP, Madrid, 20 de agosto de 1964. Dos observaciones. Todos los organismos mencionados, incluso el recién institucionalizado como Partido, son “de conducción táctica”, es decir, subordinados a la “estrategia” del CSP. Dos días después el mismo Perón dirigió una carta de justificación de las medidas al “compañero” Hector Villalón. Perón a Villalón, 22 de agosto de 1964. Citado por Marta Curone en <http://movimientoperonista.com/martacurone/alservicio/22-El%20MRP.pdf>

popular como para contar con fuerte arraigo sindical, y lo bastante moderado como para aspirar a superar la proscripción³². La pretensión de Perón de controlar el justicialismo chocaba con esta realidad, pero los neoperonistas –Vandor incluido- tendrían dificultades para convencer a los militares, árbitros últimos de la situación, y a un gobierno que no dejó de hacer de las escisiones potenciales del peronismo la base de su chance electoral.

Más acá de los alineamientos políticos y en algún punto condicionándolos, las formas aparecían como necesarias, en un sentido instrumental y estratégico, pero quizá también en el campo simbólico y en el del menú de convicciones operativas de los peronistas. Instrumentalmente, aquellas siglas y candidatos que superaran la proscripción –o lo que era casi lo mismo, la falta de habilitación por parte de la justicia electoral- estarían en mejores condiciones para negociar no solo fuera, sino fundamentalmente dentro del peronismo y no podrían ser ignoradas ni por las mozas autoridades partidarias ni por el CSP. ¿Acaso Perón no había “perdonado” a Bramuglia poco antes de aceptar el “sello” del Partido Unión Popular para concurrir a elecciones en 1962?. Si el novel PJ era proscrito, ¿no cabía la posibilidad de que las autoridades del Partido –en lugar de Perón- entraran en negociaciones con los partidos neoperonistas?

La estrategia de Perón, pero también la de Vandor y quizá la de cualquier otro dirigente o alianza que estuviera en condiciones de legitimar su ascendencia sobre una parte significativa del movimiento, aún en situación de ilegalidad, presuponía la existencia de un partido provisto de los formatos mínimos de cualquier organización de ese tipo. La proliferación de siglas, trucas o materializadas en actos jurídicos, que aparecieron en la primera década de la proscripción permite suponer que antes de empezar a actuar, o en el preciso momento de hacerlo, los peronistas independientemente de su procedencia pensaban en una organización de partido. No todos tenían cartas de similar valor o calidad, pero todos jugaban en una mesa sin reglas claras para los participantes.

En el nuevo momento prevalecieron dos tendencias propias de un mercado político interno al peronismo, imperfecto en su funcionamiento por el fluctuante marco institucional, pero no ajeno

³² Pese a haber protagonizado la gran demostración de fuerza que fue el “Plan de Lucha” de la CGT en 1964, la palpable distancia de Vandor respecto de la izquierda peronista, su vocación al diálogo (“negociar”, después de “golpear”) y el desafío implícito que representaba para el liderazgo del gran proscrito de la Argentina, hacían que desde el punto de vista político tuviera chances de ser leído como un moderado aun antes de aliarse con las mucho mas claramente moderadas opciones electorales neoperonistas de las provincias.

a la competencia. Las elecciones internas eran una parte de la lucha por la normalización. Participar en la normalización era también una parte, ni suficiente ni en última instancia necesaria, aunque sí muy valorada, para intervenir en la competencia política. La disposición de instrumentos legales (PJ, UP, o cualquiera de las “siglas” cuyo concurso solía reclamarse en los juegos de subordinación y alianzas) constituía un rubro fundamental de este proceso. La disposición de recursos económicos y relacionales para intervenir en los procesos internos y eventualmente para garantizar algún grado de éxito en la participación electoral, aludía a un aspecto más sustantivo del funcionamiento de cualquier fuerza política, y en esto contabilizaba ventaja el gremialismo en general y del vandomismo en particular. El momento “virtuoso” de dicho proceso es el de la avidez y competencia por participar o ganar posiciones en los procesos anunciados de normalización partidaria. El momento “vicioso” estaba dado, fundamentalmente, por factores externos al proceso e inclusive a sus resultados, como lo es el de la existencia de un marco jurídico móvil y poco apto para la institucionalización peronista. Para finalizar este apartado veamos como se dirime la posibilidad de concurrencia electoral y aun la formación de las listas en el preciso momento en el que el liderazgo carismático parecía más remoto, esto es, cuando se aceleraban las versiones sobre el “operativo Retorno” pero entre los dirigentes prevalecía el escepticismo sobre tal posibilidad. La dirección nacional del Partido Justicialista no esperaba que la justicia terminara de otorgar la personería política al mismo, razón por la cual enfrentaban el notable problema de evitar fugas hacia el neoperonismo, si es que no cabía optar por apelar a un neoperonismo más “ortodoxo”, esto es, contar con una estructura reconocida legalmente como la UP, reeditando la estrategia de 1962. A diferencia de 1962, Perón, sobre cuyo regreso se especulaba cada vez más contribuyendo al endurecimiento de los “árbitros” militares, aparecía con menor capacidad de determinar directamente, si no la conducta, la composición de las listas. Esta situación de incertidumbre intentó ser aprovechada por los peronistas disidentes, y, de modo similar a cuanto aconteciera con posterioridad a la elección de Illia, fueron los bonaerenses los que convocaron a un encuentro que, en continuidad con el de la línea Las Flores- Luján, alcanzara aún mayores dimensiones. El panorama de la segunda semana de noviembre de 1964 no podía ser, justamente, más incierto. Tres de los más altos dirigentes del justicialismo, Antonio Cafiero, Adolfo Cavalli e Hilda Pineda de Molina, mientras aguardaban el resultado de la gestión de la Comisión pro retorno compuesta por Alberto Iturbe, Delia Parodi, Carlos Lascano, Augusto Vandor y Andrés Framini debieron enfrentar el desafío del “peronismo federal”, evidencia a su vez de lo poco creída que

era la opción “retornista” por la dirigencia intermedia³³. En diciembre comenzaron los preparativos para reunir, en la ciudad de San Nicolás, a todos los concurrentistas que contaban con la posibilidad efectiva de participar en las elecciones habida cuenta de su reconocimiento legal a nivel de distritos. Su voluntad era contar con el mayor número de “siglas” en la conciencia de que el ortodoxo Partido Justicialista con andamiaje gremial difícilmente iría a elecciones como tal. Intentaron contar, entonces, con algunos disidentes de UP, pero Tecera del Franco, titular de este partido en negociaciones con la dirección nacional del Justicialismo ante la chance de concurrir oficialmente bajo esa cobertura, manifestó estar dispuesto a intervenir los distritos renuentes a aceptar dicha posibilidad³⁴. El trámite del encuentro, que se tradujo en un claro fracaso, constituye una radiografía de la situación, y, a la vez, de las tradiciones políticas del peronismo, de la forma de medir fuerzas y de procesar los conflictos. Distribuyeron una carta de Perón donde podía inferirse que no regresaría pero soportaron una lluvia de panfletos del poderoso sindicato metalúrgico local: “¿a quien representan Anglada, Sapag, Sarrulle, Albrieu y otros traidores del Peronismo sin Perón?”. En verdad, este intento de confederación neoperonista había sumado en las elecciones pasadas unos 300.000 votos de los casi 3 millones que el Ministerio del Interior o el Servicio de Inteligencia del Estado solían atribuir al peronismo, de allí la importancia de Serú García, líder del MPM que había obtenido 140.000 sufragios, y que fuera, junto con Anglada, la referencia del congreso que postergó hasta el 9 de enero de 1965, en Río Cuarto, el fallido intento de lograr una Confederación Nacional de Partidos Justicialistas basados en otro “modelo”, esto es, no derivado de una normalización resultante de comisiones ad-hoc ni de juntas promotoras designadas desde el centro. En verdad, los ortodoxos en Buenos Aires consideraban que esta amenaza era precisamente lo que necesitaban para obligar a Perón a autorizar el concurrentismo leal, aceptado por el PJ normalizado, a través de UP. Así ocurrió, y en ese contexto en el que “nadie muere”, se dio la preparación de las listas de candidatos a cargos electivos en el interior del peronismo. El 8 de enero de 1965 el plenario nacional del Partido Justicialista, compuestos por tres delegados por cada provincia –uno por cada rama- ratificó su posición concurrentista, conforme a lo ya resuelto dos días antes por un plenario secreto de las “62”. En la reunión, efectuada en un local sindical, se pactó que los candidatos se comprometían a obedecer al partido incluso en el caso de que una vez electos éste determinara el abandono de las bancas, pero sobre

³³ Informe confidencial. Primera semana de noviembre de 1964. CEN.

³⁴ Informe confidencial. Segunda semana de diciembre 1964. CEN.

todo recomendaba a los PJ de cada distrito presentarse con candidatos propios bajo la sigla "PJ" o "buscando la más apropiada" en caso de que la misma no fuera autorizada por la Justicia Electoral³⁵. El contexto de incertidumbre política para el PJ estaba acompañado por otros dos hechos: la reunión en Córdoba de los peronistas "federales" (Anglada, Sapag, y en general miembros de 17 provincias) y la presencia de Jorge Antonio en Paraguay, quien se anunciaba como "delegado de Perón" y dialogaba tanto con el PJ oficial y vandorista como con los hombres fuertes de las provincias³⁶.

Un informe confidencial de la primera semana del año remitido a los siempre expectantes Frigerio y Frondizi da la pauta de las negociaciones que precedieron al anuncio por parte del partido oficial: la mayoría del proscrito PJ acordó con la UP sobre capital y Buenos Aires pero el peronismo del interior reclamó autonomía para elegir la sigla que mejor le conviniera, a lo que las 62 se opusieron. En Buenos Aires Tecera del Franco y Carlos Bramuglia presionaron al Justicialismo para obtener los mejores puestos para los miembros históricos de la UP, y los dirigentes justicialistas respondieron con la amenaza de que el peronismo arreglaría con el Partido Justicia Social, minúscula expresión neoperonista. Finalmente, la mediación de Jorge Antonio logró que Bramuglia desistiera y que en compensación se le otorgase a Tecera el primer lugar en la lista, aunque a último momento la convención metropolitana del Justicialismo lo descendió al segundo lugar tras Paulino Miembro, en clara imposición de las 62³⁷. La verdadera Confederación de Partidos Neoperonistas, con creciente orientación vandorista, surgiría precisamente de los nucleamientos que Niembro encabezaría, en 1965, en el congreso nacional³⁸. Pero por ahora

³⁵ LR, 9/7/1964.

³⁶ El congreso de Córdoba, prolongación nacional del realizado por Anglada en San Nicolás, que había sido boicoteado por los metalúrgicos de las 62, sufrió un atentado con explosivos. Finalizado el mismo, la asamblea anunció la constitución de la Confederación de Partidos y Movimientos Populares Justicialistas", se votó una declaración de principio y una carta orgánica a la vez que saludó la resolución concurrencista del PJ y dispuso tratativas "con vistas a la elección de listas conjuntas" para las elecciones de marzo.

³⁷ Informe confidencial. Primera semana de enero 1965. CEN.

³⁸ "El viernes 2, por la noche, junto al Secretariado Nacional del proscrito Partido Justicialista, al Secretariado de Las 62 y a Los Cinco Grandes del Retorno se congregó la mayoría de los diputados nacionales justicialistas, incluyendo a los ortodoxos que responden a la conducción oficial, las minorías disidentes con Los Cinco y hasta los antiguos rebeldes neoperonistas que permanecían ajenos a la estrategia diseñada por Juan Perón. Así se eligieron las autoridades del único bloque peronista enclavado en la Cámara de Diputados: lo presidirá Paulino Niembro, y es la primera aproximación a la unidad total de todas las tendencias", sintetizaría el más importante semanario político respecto de las formas gregarias que espasmódica pero reiteradamente solían contrarrestar las tendencias a la dispersión del peronismo. Primera

Perón contaba, y mucho, pese al fracaso del operativo “retorno” del cual se acusaba a Vandor, y seguía como instancia última que permanentemente se invocaba y a la que regularmente se acudía. En el momento de la elección de las candidaturas para marzo de 1965, con Jorge Antonio destacado en Asunción, por unas semanas Paraguay fue la meta obligada de todos aquellos interesados en contar con la bendición de Perón para sus acciones, incluyendo a Vandor y al CCS, aunque el financista no era una figura apreciada por los dirigentes del partido.

Conclusiones

Pese a la legislación proscriptiva e inhibitoria, es claro que, contrariamente a lo que a menudo se ha presupuesto, las inclinaciones a la organización partidaria deben ser vistas como factores importantes del proceso político y condicionantes, al interior del peronismo, de las formas en que el líder carismático procura conducir al movimiento. Más aún, la vocación de los actores por tomar posiciones en estructuras en ciernes que se suponía iban a tener la posibilidad de articular el concurso de los peronistas en la vida política nacional —y hasta la atención puesta en los distintos formatos de Partido pensados- habla a las claras no solo de la proyección, sino de la inercia y de la valoración de la institución partidaria aún en tiempos en los que la invocación del “movimiento” era una función más cómoda y propicia para encubrir potenciales conflictos. Que el desacuerdo peronista se haya expresado en los momentos en que se pensó en la organización del Partido abona, pues, este razonamiento. Que la Línea Las Flores-Lujan haya propuesto para su primer convocatoria a congreso una representación basada en los concejales electos por cada distrito en las elecciones de 1963 es congruente con la posición del neoperonismo que, como se veía a poco de esto y ya se percibía en algunas provincias, era consciente de su chance de validar las posiciones institucionales ganadas en una posición de relativo poder dentro de un peronismo eventualmente reorganizado. Que el CSP (Perón) haya encomendado la institucionalización del peronismo en un momento en que prevalecían las voces que clamaban por democracia interna para un partido que aún no podía participar del juego democrático, y que en ese camino haya terminado apoyado no en sus mas firmes “leales” sino en el más dinámico factor de poder interno —el sindicalismo vandorista- y tendido puentes al

neoperonismo, habla a las claras de las urgencias, del pragmatismo, y sobre todo de la debilidad de la conducción en el exilio. El CCS fue, durante estos años, la vicaría de aquella conducción y los instrumentos normalizadores – a la sazón las comisiones interventoras denominadas como “cuadrunvirato” y luego como heptunvirato- expresaron en su composición y conducta la dinámica e inestable superficie representativa en un movimiento que permanecía proscripto pero que estaba dotado de una intensa vida interna. La lectura que se impone en este abigarrado y confuso proceso es la de la captura y colonización, por parte del actor más dinámico y provisto de recursos para la acción política –el vandomismo- de un proceso de reorganización y normalización inicialmente concebido por Perón para limitar la ponderación del sindicalismo y de dirigencias locales. La dinámica de esta “vida interna” se aceleró en ocasión de prepararse las elecciones internas y de celebrarse los primeros congresos partidarios, pero -tanto porque el peronismo era mucho más que instituciones y porque tampoco recobró plena legalidad en la coyuntura- de ningún modo se agotan en ellos. El modo en que se tramitaron las diferencias en los congresos partidarios, particularmente en el de la Capital Federal, habla a las claras que a la situación de competencia política sucedió una de negociación, finalmente abortada por el retiro de los congresales perdidosos pero en última instancia prueba en su mecánica y resultados de esa tendencia a la institucionalización. El modo en que se resolvió, o se intentó resolver, el tema de las candidaturas una vez que se conoció la decisión de la Justicia electoral de volver a inhibir al Partido como tal, expresa que el peronismo contaba con una tradición del “hacer” político que no solo rebasaba frecuentemente los alcances de las “normalizaciones” planeadas sino también que este haber era esencial para su supervivencia en la situación proscriptiva que, con las variantes del caso, imperó en casi todo tiempo y lugar con posterioridad a su caída. Concurrieron en la negociación las autoridades del Partido recientemente institucionalizado, las vertientes neoperonistas que habían acreditado peso electoral específico en algunas provincias, y todo tipo de “siglas” que pudieran aportar, sino votos seguros, instrumentos legales reconocidos como fue el caso de la Unión Popular. Observemos que el número obtenido en las urnas por las diferentes “siglas” en elecciones pasadas, y el tamaño de los distritos, es decir, de nuevo, la cantidad de votantes efectivos que podían aludir representar, era un elemento esgrimido a la hora de hacer valer títulos siempre dudosos pero difícilmente mejorables en la hora de las negociaciones. Todos parecían operar y conducirse de acuerdo a estas reglas no escritas, y a la observancia de principios del más estricto realismo en un marco de incertidumbre política permanente. Nadie discutía, al menos públicamente, la autoridad política de Perón. La mayoría optaba, decididamente, por intervenir o anticipar movimientos en orden a participar en los procesos de normalización política partidaria.

La mayoría entendía, suponía, o decididamente aprendía durante estos años, que de un modo diferenciado a lo que ocurriera en los años formativos, de la disidencia, generalmente juzgada como traición, podía volverse esperando un turno que no es necesariamente el articulado por los avatares institucionales, las elecciones en particular, sino el determinado por la participación o alejamiento en y de alianzas coyunturadamente perdidosas (Bramuglia en los primeros años, Matera en 1963, Vandor más adelante). Los más presuponen que los caminos de la democracia – restringida o no- son los únicos pensados seriamente en relación a metas políticas, y que para recorrerlos necesitan, pues, de una organización partidaria sobre la que es imprescindible tomar posiciones. Todos saben –los que iban “por adentro”, los que disputaban legalidad “por afuera”, y aún quienes actuaban y seguirían actuando afuera del movimiento y hasta en el antiperonismo- que en las circunstancias que prevalecieron en estos años y prácticamente durante casi toda la década que siguió a su caída, ese peronismo empíricamente disperso y teóricamente gregario era también polimorfo, y su silueta institucional se dibujaba, dinámica, en relación a la expectación de poder.
